

DOS NÚMEROS POR SEMANA.

Resaca, moralidad, instrucción.

PRECIOS.

MADRID.	
Tres meses.	9 rs.
Seis id.	16 ..
Un año.	30 ..

PROVINCIAS.

Tres meses.	10 rs.
Seis id.	18 ..
Un año.	34 ..

DIRECCION.

Calle de los Caños, número 4, bajo.



REGALOS Á LOS SUSCRITORES.

Literatura, ciencias y artes

PRECIOS.

EXTRANJERO.	
Tres meses.	22 rs.
Seis id.	38 ..
Un año.	74 ..

En París recibe suscripciones y anuncios para EL CASCABEL, M. E. Pierron.—Rue Vivienne, 15, cuarto 3.^o
Se suscribe en la Habana. Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 100.

AMÉRICA.	
Seis meses.	38 rs.
Un año.	70 ..

FILIPINAS.	
Seis meses.	60 rs.
Un año.	110 ..

ADMINISTRACION.

Calle de los Caños, número 4, bajo.

EL CASCABEL.

DIRECTOR Y EDITOR, D. C. FRONTAURA.

PERIÓDICO FESTIVO.

ADMINISTRADOR, D. F. PEREZAGUA.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO, LO QUE FUERE SONARÁ.

GALERIA DE MATRIMONIOS.

EL MARIDO CERO Á LA IZQUIERDA.

Más te valiera no haber nacido, lector indulgente, que casarte con mujer que sepa de todo ó tenga pretensiones de que todo lo sabe, y se considere superior á tí, porque si tú no eres hombre de sufrir ancas de nadie, vivirás dado á los demonios, y será tu casa un infierno; y si eres hombre pacienzudo, prudente y pacífico, te se pudrirá la sangre, y si no reventas como un triquitraque, te irás consumiendo poco á poco, y tendrás el disgusto de morirte precisamente cuando parecía que había hombre para tanto tiempo.

La mujer, amigo lector, no debe ser esclava, que, ni aquí somos tan brutos como en Turquía y en el imperio de nuestro apreciable amigo el sultan marroquí, ni Dios formó á la mujer para que nosotros la tratemos á la baqueta, sino para que la consideremos nuestra compañera, como habrán tenido el gusto de oír de boca del cura los que hayan tenido también el honor y la satisfacción de tomar estado, ó mujer, que es lo mismo.

Pero eso de dejarse dominar por su mujer, propio es de hombrecillos pusilánimes y pacatos, que merecido se lo tienen, por no saber ser hombres.

Don Benigno era un pobre hombre, un buen sujeto, un marido modelo, que desde que se casó no ha vuelto á mirar á ninguna otra mujer, ni á la suya tampoco, porque ya ni se atreve siquiera á mirarla, toda vez que siempre la encuentra airada, y tiene el infeliz más miedo á su mujer que á un toro de seis años, y aun de cuatro, que por dos años más ó menos que tenga un toro no deja de ser un animal capaz de abrir de una cornada la barriga á un hombre, aunque éste tenga sesenta.

Cuando don Benigno era novio de Consuelo, que así se llama su mujer, aunque él está con ella desconsolado, la novia y la familia de la novia estaban siempre bailándole el agua, como el otro que dijo, y no había en la casa más voluntad que la de Benigno, y él era el gallito en la tertulia, y todas estaban locas con él, la madre, las tías y las hermanas de Consuelo, que deseaban la pronta colocacion de ésta.

Don Benigno no salía de casa de la novia; allí de día, de noche, á todas horas, con la novia al teatro, á misa, á la novena, á la montaña del Príncipe Pio, á todas partes; y ¡qué había de sucederle?... Lo que le sucede á todo fiel cristiano, que durante dos ó tres meses está á todas horas del día en casa de la novia: que se dejó pescar como un besugo distraído, y que un día amaneció soltero, y anocheció casado hasta las uñas y en poder de Consuelo y de la familia de Consuelo, que ya desde aquel solemne momento empezó á mirarle de otra manera, y á tratarle como cosa propia, y á reparar en todos sus defectos, aumentándolos á la par que le desconocía toda buena cualidad.

Don Benigno, para dar gusto á la madre de Consuelo, que no lo tenía sin su hija, convino en vivir con la familia de la novia, por cuanto nos por supuesto, porque lo primero es que un marido cumpla sus obligaciones, y cuando una muchacha se casa, ya su familia no tiene más que darla, sobre todo si no le ha dado dote ni cosa que le valga: don Benigno, al aceptar esta condicion, se entregó atado de pies y manos y lengua á la familia de su novia, y ésta empezó á desarrollar su carácter, no determinado en el prólogo de la comedia de éste matrimonio, es decir, en los meses en que fueron novios la dama y el galán, época siempre feliz, que echan mucho de menos por lo regular los casados.

Consuelo sacó los pies de las alforjas, y puso una albarda á su marido.

Ella era una reina absoluta en su casa, su madre y

sus tías sus satélites con voz y voto, y el pobre marido el vasallo de todas, y el único que no podía levantar el gallo.

Es decir, que él que era el gallito cuando novio, vino á ser, en cuanto se casó, el gallina de la casa.

Don Benigno empezó por tener que entregar su paga á su mujer, que la empleaba en lo que le daba la gana, sin darle cuentas jamás, ni un cuarto, que era lo que él echaba más de menos. Al principio se le hizo muy duro eso de ser un difunto andando,—que tal parece un hombre sin dinero,—pero al fin se fué acostumbrando, que á todo se acostumbra el hombre, aunque sea á tirar de una carreta, y hoy ya no echa de menos el dinero, y sin desentender el cartuchito que le entrega el habilitado, lo pone en manos de su mujer, que de vez en cuando, de tarde en tarde, le compra un pantalón ó un gaban, ó le da á componer las botas, cuando ve que se le quiere salir algún dedo á tomar el fresco. El pobre hombre ve que la ropa que llevan los demás es de otra forma, de otra hechura, que nadie lleva los cuellos de la camisa como él los lleva, que nadie gasta ya zapatos bajos atados con una cinta, que á nadie se le ocurre llevar trabillas, como no vaya á caballo; pero él lleva todo eso, porque su mujer le vistió, y le vistió á la moda del año 40, en cuyo año contrajo matrimonio, que fué como contraer la enfermedad crónica de que ha de morir.

No hay ejemplo de que se haya consultado nunca el parecer de don Benigno en cuestion alguna leve ó importante, y si acaso alguna vez, olvidado de su obligacion, puramente pasiva, se ha atrevido á indicar su opinion, al momento se le ha hecho callar, como si de antemano setuviera averiguado que el hombre había de decir un disparate.

Su mujer le llama *éste*, su suegra no le nombra nunca más que *ese*, y sus cuñadas, cuando hablan de él, dicen *aquel*. Alguna vez, cuando aun no estaba tan postrado por la enfermedad que se echó á cuestras, solía reprender á su mujer, y habian VV. de ver cómo caian sobre él su mujer, suegra, cuñadas y tías, que no se cómo no se ha quedado sordo á puro de oír gritar á tantas mujeres á un tiempo.

Y no se guardan lo más mínimo para demostrar el poquísimo aprecio que hacen de él las mujeres de su casa, porque á todo el mundo hablan de él como de un hombre que no es para nada, que no tiene carácter ni entiende de nada, y con quien no se puede contar para cosa alguna, siendo así que ellas le han quitado la voluntad y el entendimiento.

A la casa van algunos amigos de ellas, los novios de las cuñadas, uno que lo fué de una tia, y aun creo que lo es y lo será hasta que se muera, y ninguno considera á don Benigno, ni le hace caso, ni siquiera le pregunta por su salud, y cuando á las señoras les da la gana de marcharse á la tertulia, ó al teatro, ó á cualquier otra parte, le dejan la llave debajo de la puerta, y en el recibimiento un cabito de vela y un fósforo, con lo cual apenas tiene para llegar á la alcoba y acostarse, por supuesto despues de dejar otra vez la llave debajo de la puerta, para que abran ellas cuando vuelvan; y ya se librá á bien de preguntar á su mujer dónde ha ido, porque ésta le contesta que ella no le pregunta nunca dónde va él, siendo así que el pobre hombre no va mas que á su oficina por el día, y por la noche á los recados á que le envían sus amas, y le envían á pesar de que nunca los hace bien, segun ellas, y de que siempre echa á perder todo aquello en que pone mano, porque, como ellas dicen, ni él sabe comprar, ni tiene picardía para tratar con los que venden, ni hace nada á derechas, ni conoce las monedas, ni sabe regatear, ni conoce la bondad ó la maldad de los géneros, ni se le pueden dar dos cuartos sin temor de que los pierda, porque es un destrozon y tiene todos los bolsillos rotos.

En fin, y para no cansar más, don Benigno es un

cero á la izquierda, un hombre que vive en familia y no la tiene, porque su familia le considera un estorbo, una penitencia, un castigo, un intruso, que todo esto y más le llaman su mujer y las demás cuando quieren dar tormento al pobre hombre, que nunca hace nada ni bueno ni malo.

Don Benigno tenía amigos, pero ya no tiene ninguno, porque de todos le han ido separando, poniendo mala cara á los que iban á verle. El infeliz ha tomado el partido de sufrir y callar, con la esperanza de morir-se y quedar descansado, pero ni aun esto le salva de las iras de las mujeres de su casa, ni esta actitud resignada y humilde se le cuenta como un mérito, sino que por el contrario, se conceptua refinada hipocresía; de manera que don Benigno es unas veces un tonto, que está en Belén, y otras un pillo de playa, más ladino que el mismo Maquiavelo.

Y ahora pregunto yo: ¿para qué demonios se casó don Benigno?...

Todo lo más que se le puede contar de felicidad á este hombre en toda su vida, es un día, el en que su novia le dijo que sí; pero ¡cuánto más feliz hubiera sido si le hubiese dicho que no!

Por supuesto que yo no le compadezco; él se lo tiene todo bien merecido por mandria, porque así como es un villano el que maltrata á su mujer, y la humilla y la hace dura é insoportable la que debe ser dulcísima cabeza del matrimonio, es un hombre sin dignidad y sin decoro el que se deja gobernar por su mujer y no reclama y ocupa en la familia el puesto que debe ocupar.

Conque buen provecho, don Benigno, y que se diviertan todos los maridos que se hallan en el mismo caso. Si no saben ser hombres, que vayan á la escuela.

C. FRONTAURA.

EL RETRATO.

Se retira V. alguna noche á su casa cansado, triste, fastidiado, pensando en que no va V. á poder dormir... Las calles están desiertas, los vagos van de prisa para entretener el frio, los serenos se acurrucan en las puertas, y parece que hay en la atmósfera pesadez, tristeza, melancolía... Pero de pronto fija V. la vista en la claridad que se escapa de un balcon entreabierto, y oye V. los dulces acordes de un piano ó de un arpa, y una purísima vez que canta con dulcísima expresion, y convierte la melancolía abrumadora que sentia V. en una melancolía consoladora, por decirlo así.

Mi amigo Luis, pintor de más talento que fortuna, sintió una cosa parecida una tarde que, sentado en una silla de Recoletos, vió una jóven que paseaba por aquel sitio. La jóven iba con su madre; pero él no vió mas que á la niña, y toda su alma se asomó á sus ojos, si se nos permite la frase, para saludar á aquella angelical criatura. Luis estaba, se puede decir, convaleciente de un gran pesar; había perdido á su mejor amigo, un pintor que murió jóven, cuando le sonreía la fortuna, cuando su talento empezaba á ser apreciado. Esta desgracia había sumido á Luis en la más profunda melancolía. A la par que lloraba al amigo muerto, presentia acaso igual suerte para él.

La jóven le enamoraba; con su esbelto talle, sus ojos negros y graciosos, un poco entornados para ver mejor, su boca pequenita, pequenita, y su cándida sonrisa, aquella mujer era el tipo de la belleza dulce y pura. Era, además, la primera impresion agradable que el pintor había hallado desde hacía mucho tiempo, y se sintió reanimado, y cobró aliento, como un enfermo que, despues de muchos dias de cama y oscuridad, ve el reflejo de los rayos del sol.

Apénas volvió á su casa, dibujó la feliz aparicion en

una hoja de su álbum. Pero cuando hubo terminado el croquis, exclamó con desaliento:

—¡Ah! ¡no, no es ella!
Acaso habrán VV. creído que Luis estaba enamorado. No, señores, Luis no hizo absolutamente nada por volver a ver a la joven; pero la casualidad hizo que la encontrase frecuentemente, y siempre para causarle placer.

Por ejemplo: la vió un día en la Exposición de pinturas, en un rincón de una de las galerías donde estaba relegado un cuadro pintado por Luis, que merecía, a la verdad, haber ocupado mejor sitio.

Nadie reparaba en él; pero a ella le había llamado la atención, y lo contemplaba con curiosidad, con gusto, casi con amor.

—¡Qué lástima! dijo la joven a la señora que la acompañaba. ¡Qué lástima que un cuadro tan bello lo hayan puesto en tan mal sitio!

Luis estaba a dos pasos de la joven, y hubiera querido darla gracias. La joven se volvió, y él la saludó, ruborizándose al mismo tiempo.

La niña conoció que aquel debía ser el autor del cuadro, y pareció muy satisfecha de que el pobre artista hubiese oído un elogio de su desconocido y abandonado cuadro.

Ya he dicho a VV. que Luis no estaba enamorado de ella, pero hubiera hecho por ella todo, cualquier sacrificio, hasta el de su vida.

Una noche la oyó en un concierto, y cantaba precisamente una romanza, cuya letra había compuesto el amigo querido a quien Luis lloraba, el pintor muerto en lo más florido de la edad y del talento.

—¡Oh! ¡bienhechora mía! exclamó casi llorando, ¡qué ardientemente te deseo que seas feliz!

Y no crean VV. que Luis la amaba, porque ni siquiera tuvo la curiosidad de preguntar su nombre.

Luis hizo un largo viaje, y a su vuelta, desembarcando en Cádiz, la primera persona que vió fué a su hada, que se paseaba por la orilla del mar apoyada en el brazo de un apuesto caballero, y se hablaban bajito, con cariño, con maliciosa encantadora sonrisa como dos novios, como dos recién casados.

—¡Yo te saludo, exclamó Luis, mi buena estrella! Pero advirtió, fijándose más en ella, que parecía enferma, pálida, fatigada, y observando más, le afirmaba en esta triste idea la inquietud que se veía en las miradas amorosas del marido a su mujer.

—Mal hace, dijo para sí Luis, en pasear por este sitio humedo.

Y algún tiempo fué paseando cerca de la pareja enamorada; pero ya no hablaban.

—Esto es, se dijo, que les estorbo; y se retiró, deseándoles con toda el alma mil felicidades.

Seis meses después, Luis trabajaba en el taller de uno de sus amigos. Un anciano entró, y llamando aparte al amigo de Luis, le dijo algunas palabras en voz baja.

—No puedo, respondió el amigo de Luis, porque hoy debo terminar una obra precisa, pero aquí tiene V. a un amigo mío, que podrá reemplazarme, y con ventaja.

El anciano se acercó a Luis, y le explicó lo que solicitaba. Luis tomó lienzo, paleta, pinceles, y siguió al anciano.

Llegaron a una casa de rica apariencia, y al entrar oyó Luis ayes y sollozos.

Entró en una habitación, cuyos balcones entornados apenas dejaban entrar la claridad.

Luis sentía oprimido el corazón, y la misma triste melancolía de que le había curado aquella niña.

Una hermana de la caridad entreabrió el balcón, y el sol iluminó en un lecho blanquísimo el rostro de una joven muerta.

—¡Para qué he de decir a VV. quién era la muerta, si ya VV. lo han adivinado?

—¡Ah! ¡Dios mío! exclamó Luis, juntando las manos y clavando la triste mirada en aquel rostro, que tanto bien le había hecho. ¡Ah! ¡Dios mío! repitió, ¡qué horrible día para mí!

—¡No es verdad que ha sido una lástima? dijo la beata.

Luis se acordó de la Exposición de pinturas, se acordó de todas las circunstancias en que la había visto, y se acordó también del amigo que también había visto muerto.

Y se sentó, con el corazón despedazado de dolor, no pudiendo resolverse a servirse de aquel modelo. Pero al fin tomó los pinceles, y dibujó y pintó con ardor febril, como si le moviera la mano una voluntad poderosa y desconocida.

Y la pintó, no como la tenía delante, sino como la había visto la primera vez, con su cándida sonrisa, con sus ojos negros entornados para mejor ver, no como los tenía muerta, entornados también, pero sin dejar ver mas que un poco de sus apagadas pupilas, ántes tan brillantes y risueñas, por decirlo así.

Hacia daño ver viva en el retrato a la joven que estaba muerta en el lecho.

El marido entró, y se estremeció al ver el retrato, que era su esposa en la plenitud de la vida, cuando acababa de perderla para siempre.

El anciano que había acompañado a Luis, hizo a éste una pregunta en voz baja.

—¡Oh! nada, por favor, contestó Luis.

Y acercándose a la pobre joven muerta, tomó una de las manos tendidas sobre el lecho, la llevó a sus labios, fría, inmóvil y la besó.

Y al salir, preguntó a la hermana de la Caridad:

—¿Cómo se llamaba?

—No lo sé, respondió la enfermera.

DESDE LA PORTERÍA A LA GUARDILLA.

ESCENAS DE PUERTAS ADENTRO.

Cada hombre es un mundo, según nos enseña un dicho popular; pero este mundo está incompleto, según decimos nosotros, hasta tanto que la mujer lo complementa. Rectifiquemos, pues, la frase proverbial que afirma la proposición ya establecida, y consignemos que cada hombre es *medio mundo*, siendo otro medio la mujer.—El hombre por sí solo no compone la familia, y la mujer tampoco: la familia se compone de la unión de entrambos elementos.

El que contempla al hombre y la mujer unidos, contempla a una familia.

La humanidad entera es una cadena formada con estos eslabones.

Conociendo alguno de ellos, se tendrá una idea exacta de la correlación de esta cadena que se llama sociedad.

Todo matrimonio presupone la existencia de una casa, es decir, de un gobierno doméstico y privado, dentro del Gobierno público ó político de la nación, país, confederación ó territorio regido por una unidad de comun autoridad.

El que conoce el mecanismo interno de una casa, ya sabe lo que es familia, y el que sabe lo que es familia, conoce a la humanidad.

Pero no basta conocer a una familia aislada, es necesario examinarlas en núcleos ó agrupaciones.

El cortijo es el remedo de la aldea, la aldea de la ciudad, la ciudad de la capital de la provincia, la capital de provincia de la corte, y la corte de la sociedad entera.

En la corte cada casa es un pueblo, cada manzana de casas una provincia, cada barrio una nación.

Analizando, escudriñando, mejor dicho, en la vida íntima de los vecinos de una casa de la corte, habremos puesto de relieve la vida en general. Sus vanidades, sus aspiraciones, sus penalidades, sus preocupaciones, sus miserias, corresponderán exactamente a las de las demás familias de la aldea, la ciudad, las capitales y las cortes de todo nuestro globo, con las insignificantes variaciones que pueden imprimir en ellas el clima, el hábito, las creencias, los caracteres y costumbres, ó otra cualquiera circunstancia. Siempre resultará que la vida de la humanidad es una continua queja y una perenne recriminación contra el destino, porque inflexible no la otorga todas las inconsideradas y caprichosas exigencias que le hace. Siempre nos encontraremos con que está más descontento el que más favores le debe a la fortuna, y con que lejos de conformarse con su estado cada cual, envidia locamente la suerte del vecino.

Entremos al acaso en cualquiera de las casas de la coronada villa, en esta, por ejemplo, y observemos.

Vamos a empezar nuestro examen por la portería.

—También es fuerte cosa, recapacita en sus adentros la portera, esto de estar desde que amanece hasta las once de la noche *metida entre cristales*, y sin hacer otra cosa que pasar revista a todos los que entran y salen en la casa. Y luego, ¿por qué precio? porque me dan habitación y ocho reales diarios. Verdad es que mi marido queda en libertad para ganarse otros diez ó doce trabajando, y que todo ello reunido es buen jornal, pero ¿y la sujeción? De buena gana me cambiaría por la mujer del tabernero de ahí enfrente; esa sí que pasa una vida divertida, siempre entre gente de buen humor, y alegre y decidora. Yo aquí no hablo mas que con las criadas de la casa, que todas las mañanas me dan cuenta de la vida y milagros de sus señores, y de si la del principal se pinta, y la del segundo tiene peluca y un ojo de cristal, y muchas deudas los del tercero, y muchas visitas la encajera del piso cuarto.

La tabernera de enfrente dice en cambio:

—Si yo lograra una ganga como la de esa portera.... Eso sí que es pasar una vida descansada. Vea V., ocho reales, y su marido con las manos libres, solo por estar metido entre los vidrios, distraído en observar quién entra y sale.... ¡Y yo, todo el santo día y la mayor parte de la noche bregando con estos borrachos, y oyendo cada voto, que ni en unas elecciones, y cada terno que ni en la lotería antigua!... ¡Bien enseñadas van a salir mis pobres niñas!... ¡Pues para eso mi marido! Antes apenas lo probaba, y ahora pilla cada *turca* que... ni el Gran Sultán las ha visto mejores. Si yo pudiera dejar esta profesión.... pero están los tiempos tan malos...

Subamos al cuarto principal.

—¡Sacro Monte!...

—¿Qué quieres, mujer? contesta el interpelado. Acabo de levantarme, y ya es esta la tercera vez que me llamas.

—Yo no puedo ir esta noche al Real, ni esta tarde a la Castellana....

—Bueno, pues iré yo solo.

—Como no vayas a pié....

—¿Cómo a pié?... ¿De qué nos serviría entonces el carruaje?...

—Es que la carretela no está presentable, ni tampoco los lacayos. Ya te lo dije ayer.

—Pero mujer, si me costó 30,000 reales hace dos meses....

—Bien; pero no tiene escudo de armas en las portezuelas, y... ayer lo estuve observando, no hay ningún carruaje de gente principal que carezca de esta formalidad heráldica. Los lacayos además llevan unos casacaquines cortos, y ahora los de todas las casas elegantes usan unos levitones que les llegan a los piés. Yo no quiero que nosotros nos pongamos en ridículo, y no

saldré hasta que se pinten en la carretela esos escudos y se renueven las libreas.

—¿Y qué escudo vamos a poner?...

—El de nuestras armas.

—Mis armas actuales son una escopeta y un revolver... y las de *in illo tempore*, cuando era comerciante... ya sabes, una balanza y una vara de medir... En cuanto a las tuyas... como no nos pinten unas tenazas, un anafe y una plancha... .

—¡Jesús! ¡qué hombre tan ordinario y tan soez! ¿De qué te sirve el dinero, si no sabes darle tono?...

—Pero hija, ¿soy yo algún órgano para que me entonen tanto?...

—¡Eres un cafe, incapaz de comprender mis aristocráticos instintos!...

—Pues hija, cuando tenias muestra ó tablilla de planchadora, no rayaban tan alto tus instintos.

—¡Ya quisiera V. haberse criado en pañales tan distinguidos como los míos! Bien dicen, que las primeras sopas no se digieren....

—Lo que no se puede digerir, es una mujer tan empalagosa como tú.

—Pues no cedo: ó el escudo de armas y los levitones con galon dorado, ó el divorcio....

—Otra cosa era lo que te convenia.... y por no propinártela te dejo....

—¡Oh! ¡mujeres!... ¡mujeres!... Cásense VV. para dar con un marido que desatienda hasta sus más justas exigencias!... Si tuviera hijos, estaria más mimada.

Estamos en el cuarto segundo. Observemos.

—¡Si yo alcanzase la fortuna de la del cuarto principal!... (dice Doña Gumersinda, señora de unos 30 años, casada con un jefe cesante de Administracion, que ahora se administra a sí propio, a su mujer y a sus seis hijos.) ¡Tan rica, y en una edad todavía regular... y con un marido que se conoce que debe ser un *buen Juan*, y con una carretela y unas yeguas tan bonitas.... y luego sin tener hijos... y con abono en el Real... ¡Vamos! hay gentes con predestinacion de ser felices... Y aquí estoy yo, que tengo que luchar con ocho fieras: mis seis hijos, que comen como si no estuviéramos cesantes, la criada, que tiene una cara como la de aquellos á quienes se debe y no se paga (verdad es que no cobra su salario hace ocho meses), y mi marido, que desde que perdió el destino ha echado un genial de los demonios.... Si no fuera por dejar huérfanas y en poder del Neron de su padre,—que se casaria con otra en cuanto le colocaran,—á estas pobres criaturas, cualquier día me tomaba un par de cajas de cerillas, y estallaba lo mismo que un petardo.

Siganme VV. al cuarto tercero.

—Si yo fuera empleado como el vecino del cuarto segundo—exclamaba don Meliton, cirujano romancista y comadron desde el año de 1820,—¡qué feliz me consideraría! Verdad es que el empleado puede quedar cesante, pero hasta en ese caso tiene el recurso de la cesantía. El Estado es el gran amo á quien hay que servir. Cuando le ocupa á uno, paga, ¡y con qué puntualidad! y también cuando á uno lo despiden. El Estado es tan liberal, que paga hasta por los servicios que no se le prestan... ¡Y sin embargo, el día en que yo no pueda *partear*, ni sacarle á nadie los dientes y las muelas, me dejarán morir de hambre!... ¡A mí, que cuando más bien le hago á la humanidad es cuando no la sirvo!... Pero nada, para mí no hay cesantías ni jubilaciones.... ¡Y aun hay quien diga que el que tiene una profesion y no depende del Estado tiene una mina inapreciable!

En el cuarto cuarto habita un matrimonio, joven todavía, con tres hijas casaderas, y sin embargo de sus respectivos ejercicios, divertidos si los hay, tampoco se consideran muy felices. Son cómicos de la legua, pendientes de ajuste en alguna remota capital ó pueblo de provincia. El hace de barba, ella de primera dama, y las chicas de boleras.

Dicen los vecinos que esta familia es una viva representación de la libertad de cultos, pues en sus ratos desocupados (todo el día y la mayor parte de la noche), él le rinde culto á Baco, ella á Talía, (se entretiene en recitar versos de escenas amorosas), y las chicas á Terpsicore.... ¡Y aun serán capaces de quejarse de la vida!...

En el piso quinto (vulgo la guardilla), y al lado del cuarto de los porteros, habita un maestro de *obra prima ya gastada*, por no darle el nombre de *sapatero de viejo*, que acaso se rechazaría.

Excusado es decir que tampoco está contento con su suerte, y que el bello ideal de la felicidad consiste para él en alcanzar la posición de sus vecinos.

CONCIERTOS DE BARBIERI.

Con la misma numerosa concurrencia que los anteriores, tuvo lugar el martes el tercer concierto de la sociedad dirigida por el señor Barbieri, á pesar de que el tiempo tampoco convidaba á hacer la caminata de Recoletos; pero de seguro ningún concurrente dió por mal empleado el trabajo que le costara salvar los barrizales que median desde la Cibeles al Circo del Príncipe Alfonso.

¿Qué significa un poco de humedad en los piés ó una peseta empleada en un *simon* para el aficionado que espera oír la gran sinfonía de la *Estrella del Norte*, la sétima de Beethoven y el *canto de iglesia de Stradella*, y que ve colmada la medida de su deseo en una ejecución irreprochable?

Citamos estas tres piezas, por que en realidad fueron las culminantes del concierto, no porque las demás, por su mérito intrínseco las unas, por su perfecta ejecución todas, no merezcan mencionarse.

Únicamente pasó sin recoger mas que unos cuantos galantes aplausos la sinfonía de la *Muerte del Tasso*, del célebre tenor español García, que según cuentan las crónicas, fué un gran cantante, tan grande, que era considerado en su tiempo como el único intérprete posible del *Don Juan* de Mozart, y desgraciadamente para el arte, aun no se le ha encontrado sucesor; pero á juzgar por la sinfonía que oímos la otra tarde, no logrará su nombre, como compositor, eclipsar la inmensa fama que como cantante supo adquirirse.

CASCABELES.

Una familia alemana, compuesta del padre, la madre y dos hijos, de los cuales uno tenía diez años y otro doce, se estableció hace poco en Kansas. En una escursión que hizo el emigrado por los alrededores de su habitación, encontró bañado en su sangre á un pobre Piel-Roja que tenía en la cabeza las señales de un horrible golpe de maza. A pesar de esta herida había podido escapar á los enemigos de su tribu; pero terminado el combate entre las dos hordas, se halló solo, abandonado, moribundo de sed, de hambre y de debilidad por la pérdida de su sangre; el alemán se compadeció de él y le recogió en su casa; al poco tiempo se le llegó á considerar como de la familia.

Un día, mientras estaban comiendo, el alemán preguntó al salvaje:

—¿Te encuentras bien con nosotros?

—Muy bien, respondió el salvaje.

—¿Nos tienes amistad?

—Mucha.

—¿A cuál de nosotros prefieres, á mí, á mi mujer ó á mis dos hijos?



Viuda de un bibliotecario.

EL HIJO DEL SACRISTAN.

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

D. CARLOS FRONTAURA.

CAPITULO II.

EL TIO DEDO.

(Conclusion.)

Mientras el tío Dedo sostenía esta discusión con la tía Torda, la aldea entera se había dirigido al sitio de la desgracia, con objeto de ver el cadáver del buey, que allí estaba insepulto y como abandonado.

Y cuando el tío Dedo, después de haber cerrado el trato con la tía Torda, fué á entrar en posesión de su hacienda, no se conocía que allí hubiese habido buey alguno sino por dos cuernos, con perdon sea dicho, que estaban arrojados á un lado, y con los cuales tuvo que contentarse el tío Dedo, porque lo que es el buey, ya se lo habían repartido bonitamente las gentes de la aldea, nada más que por tener una memoria del apreciable Canelo, cuya reputación de cordura y prudencia era, como se ha dicho, muy grande en toda la comarca.

Viendo visiones se quedó el tío Dedo al ver que el buey no lo veía por ninguna parte, y grande fué el regocijo que causó á los vecinos de la aldea ver cómo el tío Dedo volvía la cabeza á uno y otro lado, sin atreverse á preguntar á nadie.

El caso fué que aquel día, en todas las casas del

—A uno de vuestros hijos.
—¿A cuál?
—Al más joven.
—¿Y por qué?
—Porque es el más gordo, y sería el más tierno para comerle.
Excusado es decir que al día siguiente el alemán despidió al salvaje, que fué sin duda á reunirse con sus hermanos.

En la cárcel de un pueblo cercano había dos tunos presos por robo, á quienes el juez del distrito fué á tomar declaración en un mismo día. Los dos nenes estaban colocados en calabozos contiguos, en cuya pared medianera existía una puerta carcomida, que por varias grietas permitía ver y oír lo que pasaba del uno al otro departamento. Llegado que hubo el juez al primer ladrón, acusado de haber robado una yegua, preguntó:

—¿Dónde has comprado la caballería que se te ha cogido?

—En ninguna parte.

—¿Pues de dónde procede? ¿Quién te la ha dado?

—Nadie. La he criado yo desde que era potranca.

Y no hubo quien le sacara de aquí.

Pasó el juez al segundo preso, que había escuchado palabra por palabra la declaración de su cofrade.

—Se te acusa, le dijo, del robo de una escopeta, cuya arma se halló en tu domicilio; ¿qué tienes que alegar en contrario?

—Que es una calumnia, señor juez.

—Bien, pruébanos á quién se la compraste.

—¿A quién se la había de comprar? á nadie.

—¿Cómo es eso?

—¡Tóma! siendo; como que la he criado yo desde que era pistola.

¡Desgraciado el que solo puede apoyar su mérito en la reputación de otro! La vid busca al olmo para apoyarse y elevarse, porque es de naturaleza rastrera.

La gallarda y robusta constitución del cuerpo, forma la nobleza de las bestias; y la pureza de costumbres, la de los hombres.

El que se vanagloria de la nobleza de sus antepasados, busca en las raíces el fruto que debe hallarse en las ramas.

Muerto Gil, dijo su esposa que en aquel percance fiero la consolaba una cosa, que hubiera él muerto el primero
—¿Por qué? dijo un conocido.
—Porque mil veces decía que una casada debía seguir siempre á su marido.

Recibimos la visita de *El Imparcial*, nuevo periódico, que deseamos llegue á reunir tantas suscripciones, que ya no haya fábricas de papel que puedan servirle todo el que necesite, y que para hacer la tirada de cada número, empleando una máquina que tire 100,000 ejemplares por hora, tenga que tardar tres años y medio, trabajando día y noche.

Problema al canto:

¿Cuántos suscritores tendría el periódico en ese caso?

Hemos visto con gusto la primera entrega de *La Madre de los desamparados*, novela original de los señores Escrich y Entrala.

pueblo, menos en las de la tía Torda y el tío Dedo, únicos y verdaderos dueños del animal, se comió carne del apreciable Canelo, que bien ajeno estaba él en el prado dos días antes de que tamaña desgracia le había de suceder en tan breve espacio.

Lo mismo le sucede al hombre, vamos al decir, cuando menos lo piensa; cuando más descuidado está, se lo comen los demás por los pies.

CAPITULO III.

EL HIJO DEL SACRISTAN.

Silbó á lo léjos la locomotora.

Ya que estaban allí los honrados vecinos de la aldea, se quedaron á presenciar el espectáculo siempre grandioso é imponente de la llegada de un tren

La locomotora no me parece á mí nunca lo que es, una máquina de hierro movida por el vapor, me parece un monstruo animado, lleno de vida é inteligencia, monstruo por el tamaño, no por otra cosa, porque una locomotora, en medio de su enormidad, es siempre ligera, graciosa, esbelta, gallarda.

Yo siempre la veo con respeto y con profunda admiración.

Los vecinos de la aldea la veían simplemente con asombro y curiosidad, porque para ellos, eso de rodar tantos coches sin el concurso de unos cuantos bueyes, ó mulas, ó siquiera jumentos, era cosa por demás extraña é inverosímil, y por más vueltas que le daban al asunto, no podían ellos calcular cómo podía andar una fila de coches movida solo por agua caliente, toda vez que ellos no habían visto nunca que en su casa echase á correr ningún puchero, por mucha agua caliente que le echaran, pues todo lo más que hacía el puchero era reventar como un triquitraque.

Ordinariamente, aunque en la proximidad de la aldea, había estación del ferrocarril, pocas veces ó ninguna paraba allí el tren, y ésta fué la causa de la muerte del buey, porque casi nunca había allí ni viajeros,

Auguramos excelente éxito á esta obra, pues tanto por el sentimiento con que parece está escrita, y el esmero de la edición, está llamada á muy buena acogida.

Estando doña Justa en un apuro, fué á pedir á un vecino medio duro; y el vecino, un buen hombre, al verla bella, al año y medio se casó con ella, y ella de tal manera le trató, que el pobre á los dos meses reventó.

No des dinero nunca á una mujer, porque esa tu desgracia puede ser.

Damos gracias en nombre de la desgraciada familia que recomendamos en un número anterior, á las personas piadosas que nos han remitido limosnas con ese objeto.

Mucho nos halaga que así acudan nuestros favorecedores en socorro de esta familia, tan digna de mejor suerte. Podemos asegurar á nuestros queridos lectores, con datos evidentes, que las limosnas dedicadas á esta familia son muy bien empleadas.

Oyendo de Bethoven un scherzo, se durmió como un bruto un gran mastuerzo.

Para el que al mundo á ser un bruto salga, presumo que no hay música que valga.

Ya habrán VV. sabido que el jueves entró la Primavera, la estación de las flores, la época en que los enfermos crónicos que han podido salir del invierno, respiran y cobran esperanza, el tiempo en que se pierde el miedo á las pulmonías, aunque el tal miedo no debe perderse, porque siempre se quedan algunas pul-



Archivero cesante.

ni mercancías, ni cosa que lo valiera, como que de la gente de aquel lugar únicamente el tío Dedo se permitía tomar el tren alguna rara vez, que los demás no tenían para qué salir de allí, ni curiosidad tampoco de ver el mundo.

En el mundo no había destino más descansado que el de jefe de estación en la que lleva el nombre de la miserable aldea, patria del buey de la tía Torda y de la mujer del tío Dedo.

No despachaba un billete en meses enteros, ni recibía una mercancía, y el año que más viajeros hubo y más equipajes, solamente de exceso de equipaje ganó la empresa en aquella estación dos reales, amen de veintisiete, importe de los asientos de los viajeros.

Así es que al fin y al cabo, la empresa, en vista de la notoria utilidad que le producía constantemente aquella estación, la suprimió poco después, sacando de allí al pobre jefe de ella, que ya desconocía á los hombres, sus hermanos, y no se atrevía á hablar por temor de que los hombres hubiesen mudado de lenguaje, y al ver una mujer le dió un desmayo, creyendo que estaba viendo al enemigo, pues ya el infeliz ni sabía que había mujeres en el mundo, y solo conservaba de ellas así como una remota idea, y ésta no debía ser muy favorable.

Pues señor, aquel día, por caso raro, paró el tren en aquella famosa estación, y salió de ella el jefe, hombre venerable, con unas barbas como un capuchino, en fin, un verdadero ermitaño, que tal le había puesto su aislamiento en una estación tan abandonada de los hombres.

Aquella parada no sorprendió menos al jefe de la estación que á los vecinos de la aldea, congregados en aquel sitio por la circunstancia que ya sabe el lector.

Paró el tren, como digo, y del tren bajó un caballero, con su saco de noche, su cartera, etc., etc.

Este caballero era, —y ya era hora,— el hijo del sacristan.

(Se continuará.)

monias rezagadas, que se meten tonitamente en el que encuentran más descuidado.

Así, pues, bueno será que sigan VV. reservándose todo lo posible, como si estuviéramos tan en invierno como en Enero.

La primavera es una niña bonita que el invierno, que es un viejo de muy mala intención, nos echa á los mortales como anzuelo, y muchos suelen caer.

Los que se la quieren echar de elegantes, y van á paseo en cuerpo gentil, con su americanita que apenas les tapa la espalda, suelen hallarse el mejor día con un aire colado.

Lo mismo digo de las niñas que quieren lucir el talle, y prescinden de todo abrigo para satisfacer esa puerilidad.

Conque van VV. si EL CASCABEL se interesa por la salud de todos.

Por comer mucho dulce Marcelina, tan flaca se quedó como una espina.
Lectores, á la corta ó á la larga,
la cosa que es más dulce sabe amarga.

A petición de varios suscritores, que por causas ajenas á su voluntad han dejado de retratarse, volveremos á expedir un vale á todo el que lo reclame y no lo haya obtenido antes ó hecho uso de él, previa presentación del oportuno recibo, para que pueda pasar á verificarlo en la conocida fotografía del señor Caballero Bordadores, 5, así como también se entregará á todo el que renueve su suscripción ó se suscriba ahora, quedando obligado dicho fotógrafo, mediante 4 rs., á entregar dos targetas por cada vale que se le presente, si bien deberá esto tener efecto dentro de los quince días, á contar desde su fecha, para evitar así la aglomeración de gente á la terminación del plazo marcado.

Volvemos á recomendar á las personas piadosas la familia que vive en la calle del Bonetillo, núm. 3, cuarto bajo interior, en la seguridad de que socorriéndola hacen una buena obra.

VIAJE CÓMICO

Desde Madrid á la Exposición de París, emprendido para solaz, diversion y entretenimiento de los suscritores á EL CASCABEL.

UN SERVIDOR DE USTEDES.

PROCLAMA AL ILUSTRADO LEXENTE.

Pues como íbamos diciendo, el día 1.º de Abril, si Dios quiere,—que aunque quiera S. M. el emperador, si Dios no quiere,

será en vano que quiera aquel ilustre y poderoso soberano,—se abre en la capital de Francia, que los franceses llaman, modestamente la capital del mundo civilizado, un gran certamen ó concurso de la industria, las artes, la agricultura, las ciencias, etc., á lo que se da el título de *Exposición universal de París ó Fiesta de la Paz*, como dicen los periódicos de aquel tan pacífico imperio.

Con este fausto motivo va á ir á París todo el mundo, es decir, la gente que tiene el dinero, que es á la que se aplica eso de *todo el mundo*, que no parece sino que se considera que la gente pobre no forma parte del mundo. Figúrense VV. si habrá allí para un cristiano alegre y observador ocasiones de reírse de todo y de todos, y de tomar nota de infinidad de ridiculeces, vicios, tonterías, absurdos, excentricidades, chistes, anécdotas, curiosidades, etc., etc., y sobre todo, de decir á franceses, ingleses, portugueses, rusos, chinos, prusianos, italianos y suecos,—que están en mayoría en el mundo,—verdades como puños, y no mentiras gordas, como las que han dicho y dicen en España los viajeros extranjeros que vienen á visitarnos, ó no vienen, que los hay que escriben sobre España y nuestras costumbres sin moverse de su casa.

Pues ese cristiano alegre y observador soy yo, que allá iré dispuesto á escribir un libro sobre tan importante asunto, en tono de broma, que es el que conviene á mis gustos, y el que merecen muchísimas cosas y personas que allí tendré la satisfacción de hallar.—Para los que quieren una obra formal sobre la Exposición de París, va á publicar mi amigo Castro y Serrano su *España en París*. Para los que quieren reírse, publicaré yo, si Dios quiere, mi *Viaje cómico*.

Y ahora entra la parte más lastimosa.
¿Cómo están VV. de dinero?
—Así, así, me contestan VV.
—Pues si VV. están así, yo estoy así, nada más, es decir, con lo preciso para los garbanzos, y gracias; y en prueba de ello, estoy haciendo grandes economías para no sacar los pies fuera de la sábana, con lo cual ya comprenden VV., amados suscritores, que les voy á tocar el tambor, porque el libro que voy á hacer exige grandes gastos, y seguro estoy de que á mí, á pesar de que VV. me ayudarán, me costará los cuartos el gusto de publicarlo; pero eso y más merecen VV., que tanto me favorecen, y á quienes debo tanta gratitud, aunque es mucha la que tengo.
Conque haganme VV. el favor de leer lo siguiente, y luego hagan lo que les parezca.

El *Viaje cómico* á la Exposición de París, se publicará solo para los suscritores de EL CASCABEL, y formará un bonito tomo bien impreso, en papel superior, que contendrá, por lo menos, 20 pliegos de impresión, ó sean 320 páginas.—Este libro, cuyo valor verdadero sería, si lo publicara cualquier empresa editorial, de 14 á 20 rs., costará únicamente á los suscritores de EL CASCABEL 4 reales á los de Madrid y 5 á los de provincia.

Como no se imprimirán más ejemplares que los destinados á los suscritores, es preciso saber con seguridad el número de aquellos, para lo cual suplicamos á nuestros favorecedores que desde hoy hasta fin de Mayo envíen á la Administración de EL CASCABEL el pedido, acompañando su importe adelantado, condición indispensable, y sin la cual se tendrá por no recibido el aviso.

A nuestros suscritores de Madrid se les pasará á domicilio, en los primeros días del mes próximo, un recibo de 4 rs., ó sea un vale, con el cual recogerán, en cuanto esté impreso, el *Viaje cómico*.

Los suscritores nuevos tienen igual derecho á recibir el libro, abonando lo ya determinado.

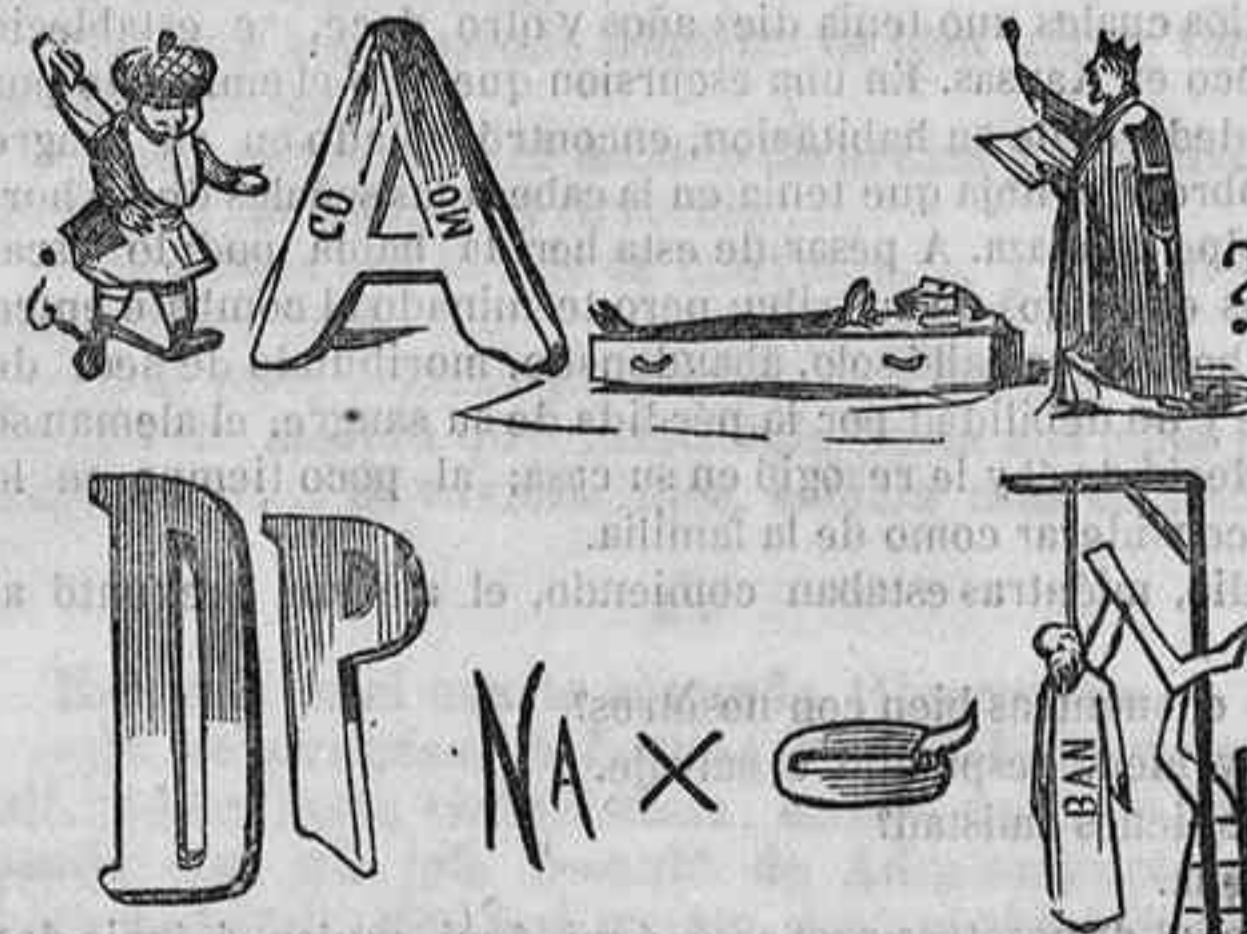
ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Si este libro, por cualquier circunstancia independiente de nuestra voluntad, no se publicara antes de fin de año, todos los suscritores que hayan pagado los 4 ó 5 rs. señalados, tienen derecho á que se les devuelvan, y EL CASCABEL responde de ese dinero hasta la pared de enfrente.

He dicho.
Y ahora ruego á VV. que me ayuden en esta empresa que acometo, más en obsequio de los suscritores del pobre CASCABEL, que por la ganancia que pueda proporcionarme, que no puede ser mucha.

C. FRONTAURA.

GEROGLÍFICO.



ALBUM DE UN LOCO,

POESÍAS NUEVAS

DE DON JOSÉ ZORRILLA.

Un tomo en 4.º, elegantemente impreso en papel glaseado y satinado.

Precio: 30 rs. en Madrid y 34 en provincias, franco de porte. Por suscripción en cuatro cuadernos, uno semanal, 8 rs. cada cuaderno en Madrid y 9 en provincias.

Se suscribe y vende en todas las principales librerías y en las administraciones de Correos. Los pedidos se dirigirán á los señores Gullón é Hidalgo, Pez, 40, Madrid, ó á la Administración de EL CASCABEL, Caños, 4.

ANUNCIOS.

IMPORTACION DIRECTA DE TABACOS DE LA HABANA, DE LOS SEÑORES SAN ROMAN Y MAGUREGUI, CARRERA DE SAN GERÓNIMO, NÚM. 5.

Ofrecen al respetable público de esta corte y provincias, un abundante y especial surtido en tabacos, cajetillas y picadura, y á la vez, economía en los precios.

Almacen de tabacos habanos de Pedro A. de Irigoyen, Carrera de San Gerónimo, número 21, tienda. El dueño de este establecimiento, que acaba de abrirse al público, tiene la satisfacción de poder ofrecer, á los que gusten honrarle, un completo y escogido surtido de los mejores tabacos que se elaboran en las fábricas de la Habana, así como también picadura y cajetillas de las que especialmente se dedican á este ramo. Lo económico de los precios, unido á la superior calidad de los géneros, de lo cual se convencerán sin duda alguna los consumidores, son garantía de la favorable acogida que merecerá de las personas de buen gusto.

LA VERDAD EN VINOS ESPAÑOLES. BODEGA ESPAÑOLA, MAYOR, 119
Este gran almacen de vinos tintos y blancos, que perteneció á los señores San Roman y Toro, gira hoy bajo la sola dirección del señor San Roman, quien continuará sirviendo al público sus especiales y acreditados vinos añejos. Precios á domicilio, 45 y 50 rs. arroba. Botellas, 2 1/2 y 3 vueltos el casco. Clases especiales, 4, 5 y 6 rs. botella.
NOTA. En la carrera de San Gerónimo, núm. 5, Tabquería de los señores San Roman y Maguregui, se reciben los pedidos para este establecimiento. 12

Almacen de tabacos habanos al por mayor, de las mejores vegas de Vuelta Abajo, garantida su legitimidad. Arenal, 11, principal derecha.
Cajas de cien cigarros, desde 80 rs. en adelante, con descuento del 6 por 100 al que tome un millar de tabacos.

papel pintado.—Novedad y baratura en todas clases, colocacion esmerada y ajustes alzados para dentro y fuera de la corte, calle de Te-tuan, núm. 14.

ALMACEN DE TABACOS HABANOS. F. DE IBARRA Y MORALES, CALLE DE LA MONTERA, NÚM. 6.

Tabacos de todas clases, desde 80 rs. caja de 100 cigarros, hasta 1,000 rs. inclusive. ESPECIALIDAD EN CIGARRILLOS DE PAPEL Y PICADURA.

	Las 100 cajetillas.	12 cajetillas.	1 cajetilla.
Cajetillas de cigarrillos largos.	230	30	2 1/2
Id. gordos.	200	24	2
Id. entregados.	180	22	2
Id. entrefinos.	140	18	13 ctos.

Papel de hilo y de algodón. PICADURA, 30 RS. LIBRA Y 15 LA MEDIA.

Estando los fumadores justos ante prevenidos sobre cuanto se ha expandido y se expende en tabacos, por haberse falsificado en la Península marcas que habían alcanzado justo crédito hasta ahora, y habiendo interés particular en los mismos falsificadores en desacreditar nuestra marca especial, esta casa, para obtener la confianza pública demostrando la legitima procedencia de sus tabacos, ha obtenido la siguiente certificación:

«D. Pedro Ruiz Ubago, Oficial Interventor de la Administración de Hacienda Pública de esta provincia,

Certifico: Que según consta de los libros y demás antecedentes de esta Administración, los señores don F. de Ibarra y Morales han satisfecho desde el 28 de Diciembre último al 7 de Febrero actual, rs. yn. 206,182 80 cént. por derechos de regalia de 6,236 libras en cigarros torcidos, 2,193 libras en cajetillas y 3,661 libras en picadura, todo de su marca especial F. de Ibarra, procedentes de la Habana, según declaraciones de la Aduana de esta corte.

Y para que conste, y á petición de los interesados, expido la presente en Madrid á 13 de Febrero de 1867.—V.º B.º—Rivero.—Pedro Ruiz Ubago.

Perfecta salud á todos.—La Revalenta *Arábica du Barry de Londres*, cura sin medicina y sin gastos las gastritis, gastralgias, dispepsias, constipaciones, hinchazones, flatos, insomnios, diarreas, náuseas, pituita, hipos, acedias, reumas, catarros, fiebres, toses, asma, tisis, debilidad, histérico, neuralgias, herpes, enfermedades de la garganta, de la vejiga, de la respiración, de los riñones, de los intestinos, de los nervios, del hígado, de la mucosa, del cerebro y de la sangre.

Esta deliciosa harina de salud economiza mil veces sus precios en otros remedios: 65,000 curaciones de enfermedades rebeldes á todo tratamiento, en cuyo número está comprendida la feliz curación del Santo Padre Pío IX, la de la marquesa de Bréhan, del duque de Sluskow y otros.

En cajas de media libra, 12 rs.; una libra, 20; 12 libras, 170; 24 libras, 300 rs. Casa du Barry y compañía, núm. 1, calle de Valverde, Madrid.

Depósitos. Señor don José García.—Señor Borrel.—Señor don Vicente Miquel.—Señor don Carlos Ulzurum.—Señor Sanchez Ocaña.—Señor Escobar.—R. Cuyas, Barcelona, calle Llauder.—Ramon Piñal, Cádiz.—José Maria de Somonte, Bilbao.—Jorge Hodgson, Málaga.—Roberts, Gibraltar, y todos los principales droguistas y boticarios en las demás provincias. 168

LA PASION DE JESUS.

Corona sacra, por don Faustino Jouve, dedicada al Ilmo. señor don Francisco de Sales Crespo y Bautista, obispo auxiliar de Madrid. Un tomo en 8.º prolongado, buen papel, esmerada impresión y enriquecida con innumerables indulgencias de nuestras primeras dignidades eclesiásticas.

Se vende en las librerías de los señores Escribano, Olamendi, Aguado, Cuesta, Lopez, San Martin, Sanchez Rubio, y en la Administración de este periódico, al precio de 6 rs. en Madrid y 6 y medio en provincias. M 10 17 24 y 31 A 7 14.

ANUARIO DE CONSTRUCCION.

Obra de interés general para todo el que se ocupa en edificaciones, y primera en su clase en España.

Véndese á 36 rs., Carrera de San Jerónimo, núm. 2, almacen de papel, y en casa del autor, calle de San Bartolomé, núm. 23.

ALMACEN DE CAMAS ECONÓMICAS, con Real privilegio exclusivo.

Los señores Huguet y Suné ofrecen al público su establecimiento, calle del Arenal, números 19, 21 y 23, donde hallará gran surtido de camas de perfecta y sólida construcción, desde los precios más ínfimos á los más altos, fabricadas por un nuevo sistema y de mucha duración, aunque sean con frecuencia armadas y desarmadas. También hay otros objetos, preciosos en las casas, fabricados de hierro y otros metales.

Estos señores pueden asegurar que no hay competencia posible en ningún otro establecimiento de su clase. 36

Limas químicas é higiénicas del pedicuro Taverner, en su gabinete, calle de la Montera, núm. 19, entresuelo. Recibe todos los días de 11 á 4, y visita á domicilio.

Las limas son indispensables é imprescindibles para los que tengan callos, ojos de pollo y otros padecimientos en los pies. Valen diez reales una, con su estuchito é instrucción, que explica su uso, y con el cual se hacen imposibles las dolencias para que sirve. Entre las reconocidas é indisputables cualidades de este útilísimo instrumento, tiene la de que, al manejarlo cualquiera por sí mismo, come y rebaja insensiblemente los callos, hasta su completa extinción, suple con ventaja los instrumentos cortantes y punzantes, y no está ocasionado á cortaduras, ni á ningún otro daño.

EL ACUNT. Remedio universal contra los callos y otras dolencias de los pies. Un frasco, con instrucción, veinte reales en todas las farmacias de España.

El superlativo, contra las berrugas, y el ungüento X, para curar los sabañones, á diez reales el frasco. El gabinete, tiene también un acreditado profesor para todas las enfermedades de medicina y cirugía. 3

Gran exposicion de devocionarios.—En la librería de Sanchez Rubio, calle de Carretas, núm. 31, frente á la imprenta Nacional, hay un completo, elegante y variado surtido con encuadernaciones de todas clases, y de lujo: único punto en especialidad de Devocionarios de las principales casas de España y extranjero, de las mejores impresiones que se conocen, y en todas clases de precios.

Preciosas estampitas para registros y premios, Cristos finos de marfil, rosarios de lujo y de todas clases de precios: broches, registros y todo lo perteneciente á dicho ramo, á precios arreglados.

DECALCOMANIA ó arte de decorar por uno mismo con un barniz especial sobre cualquier especie de objetos, porcelana y alabastro, cristal, etc. **ALBUMS** para retratos y fotografías de todas clases. 11

Fábrica de guantes y corbatas de A. Lozano.—El antiguo oficial y dependiente de Mr. Lafin, hoy dueño del establecimiento de la calle de Fuencarral, núm. 7, pone en conocimiento de sus numerosos parroquianos, como del público en general, que ha recibido el surtido de corbatas propias para la proxima estación. Las personas que gusten visitar dicho establecimiento, hallarán un bonito surtido de guantes de cabritilla, suecia, castor, hilo y seda, y una gran variedad en tirantes, ligas y otros objetos de gusto en bisutería. Especialidad en pecheras, puños y cuellos. 2

MADRID: 1867.—Imprenta de El Cascabel.

Á CARGO DE M. BERNARDINO, calle de los Caños, número 4, bajo